

EL DEFENSOR DEL OBRERO

San José y el plan divino

Convenía al plan de la Redención que el verbo humanado, durante su permanencia en este valle de miserias, por cuya purificación tomó nuestra vestidura, viviese expuesto a todas las contingencias y peligros que amenazan a los demás hombres. Mas, si tal cosa convenía, lógico era también que el Eterno proveyese al cuidado y tutela de Jesús; pues no había de ser, en lo humano, de peor condición el Hombre-Dios que el último de los mortales. Era, pues, de justicia, de razón y de necesidad que Jesús tuviese un padre, no según la carne, sino adoptivo o nutricional, que, a más de velar solícito por Él, fuese el amparo y custodia de la Santísima Virgen.

¿Qué cualidades habría de reunir el elegido? La misma excelencia de su misión las determina de modo preciso. Virtud extraordinaria, superior a la de los demás varones, pues quien había de actuar de padre del Santo de los santos no podía ceder en santidad a ningún hombre. Regia estirpe, pues habían de ser confiados a su custodia el Rey de reyes y la Madre de Dios, que, a la vez, llevaba en sus venas sangre real. Y, finalmente, pobreza honrada, porque si el Salvador prefirió ésta a los esplendores del fausto y poderío humanos, por convenir así a su misión redentora, natural era que su padre putativo no le sobrepujase en condición social.

Virtud excelsa, nobleza de sangre, pobreza humilde. He aquí las cualidades que, según el plan divino y los dictados de la razón, deberían adornar al escogido para tan alto cargo.

Y en San José se reúnen de modo admirable. Y por esto el Altísimo le elige, y en el templo florece el ramo seco del Patriarca, como manifestación inequívoca de la voluntad divina, y padres de la Iglesia preconizan como admisible la doctrina de que fué santificado en el vientre de su madre, y la cristiandad le dedica sus preces fervorosas y escogidas.

¡Él tuvo la dicha inefable de estrechar en su regazo al Autor de la vida, y la incomprensible honra de que acatase sus mandatos el mismo Dios...! ¿Cabe mayor grandeza después de María?

Justa, justísima y obligada es, por tanto, la particular devoción y el singularísimo afecto de todo cristiano al gran Patriarca. Justísima y lógica es la alegría que por el restablecimiento de la festividad de hoy alborozan los corazones de los católicos españoles.

E. F. DEL R.

Estudios Sociales

LA LIBERTAD DE BEBER

Tenían fama los ingleses no sé si legítima o mal adquirida de ser aficiona-

dos a empicar el codo algo más de lo regular. Bien es verdad que esta fama también la tenían los rusos y los franceses y los alemanes, y, en general, todos los pueblos de la tierra, ya que en toda la redondez del globo, el culto de Baco ha alcanzado un número de adeptos considerable.

El culto es universal, pero el modo de practicarlo es distinto. Los ingleses se emborrachan con ron, los franceses con ajenjo, los rusos con *vodka* y los alemanes con cerveza. Varias bebidas diferentes y un solo alcohol verdaderamente o falsificado.

La guerra, que ha echado tantas cosas patas arriba, no podía menos de influir de algún modo en ese consumo extraordinario de licores alcohólicos. Y, afortunadamente, ha influido de modo favorable para la salud. Desde que impera Marte, pierde terreno Baco.

No se crea, sin embargo, que esto sea por virtud. Quizá la virtud ha influido algo, porque actualmente vuelve a levantar la cabeza esa menospreciada señora, pero principalmente se debe a orden superior. Los gobiernos han dispuesto que los hombres sean virtuosos quieras que no.

Y hay que reconocer que, en general los hombres *quieren*.

En épocas normales se habían levantado violentísimas campañas contra el alcoholismo. En Francia, las *ligas de templanza* hacían una labor continua... e inútil. En vano se mostraban por el escrito y por la pintura, los grandes perjuicios que ocasiona el alcohol.

Que el hígado, que los pulmones, que el corazón, que las arterias, que todo el organismo en general, se echa a perder. Que aumenta la criminalidad, que degenera la raza y que patatán y que patatán. Todo esto eran monsergas, que sólo servían para que creciese el número de tabernas, más o menos aristocráticas. Los gobernantes veían el mal, pero ¿quién era capaz de ir contra los intereses creados? ¿Quién se disponía con el pueblo?

Las cosas hubieran quedado así hasta Dios sabe cuando, si no hubiera estallado la guerra. Al empezar el cataclismo, lo que en época normal parecía imposible, se convirtió en muy llano y hacendoso. En Francia se prohibió la fabricación y venta del ajenjo,

y el público dijo ¡bravo!

como en una dolera de Camposamor.

En Rusia se ha prohibido la *vodka*, y la gente tan conforme. Y así en las demás partes.

Pero en Inglaterra la cosa no es tan fácil. Allí, no se atreven a establecer la prohibición del uso de las bebidas alcohólicas. Hay muchos que la piden, pero otros no están conformes con esa medida.

Y la razón que dan es muy bonita.

La razón es que Inglaterra es el pueblo más libre de la tierra, y es atenta-

torio a la libertad prohibir cosa alguna.

El que quiera beber, que beba, aunque perezca todo el mundo.

Bueno, por mí que beber los ingleses tanto como les dé la gana.

El Rey Jorge ha manifestado que mientras dure la guerra, no consumirán, ni él ni su apreciable familia, una sola gota de alcohol. Muchos de sus súbditos, admiran esa entereza... pero no quieren imitarla.

Yo creo que *del rey abajo, ninguno*, o muy pocos la imitarán, por lo dicho, por ser eso contrario a la libertad.

¡Libertad, cuantas borracheras se toman en tu nombre! podemos decir, parodiando por milésima vez a Madame Rolland.

CONSTANTE

Al excelso Patriarca San José

¡Salve, oh José divino!
¡Salve, oh Padre feliz y bienhadado
Del que es Vida y Camino
Y Verdad de infinitos resplandores,
Y Monarca y Señor de los señores,
Y Dueño universal de lo creado.
¡Salve, inmenso José, ya a los mortales
De tu gloria y grandeza colosales
Van llegando destellos y vislumbres,
Y se vuelven a tí las muchedumbres
Desde el caos profundo de sus males.

Más, ay, ¡cuán pobremente
Aun te conoce el corazón creyente!
¡Cuántos son y cuán hondos los arcanos
Que envuelven con su sombra impenetrable
Tu figura amorosa y venerable,
Y el fulgor de tus dones soberanos!

Dignísimo consorte
De la Madre de Dios Inmaculada,
Ayo del mismo Dios, su guía y norte
De la tierra en la misera morada,
Más puro e inocente
Que el purísimo Abel, más obediente
Que el humilde Abraham, más poderoso
Que Moisés el intrépido caudillo,
Que David el valiente pastorcillo
Que el Ángel del Señor, que en un instante
Sumiendo en polvo a Jericó arrogante,
Que Gregorio el insigne taumaturgo
Arrancando de cuajo las montañas,
Que Ferrer de santísimas hazañas
Llenando de la Europa los confines,
Que los coros de vírgenes y mártires,
Que los coros de alados serafines:
Todo esto y mucho más de polo a polo,
Cual de excelsa y sublime criatura,
Sólo inferior a la entre todas Pura:
Más, ay, cuán pobremente
Aun te conoce el corazón creyente!

Augusto Patriarca,
Del corazón acepta el homenaje
Que hoy te rinde amoroso

UN FIEL DEVOTO

¡Padre, es todo un hombre de estado!

Andando por el mundo, se ven casos y cosas que dejan a uno turulado. En la última Cuarema me sucedieron cosas curiosas y casos originales.

El señor Casimiro (para mí, tío Casimiro y para los pobres, don Casimiro) empuñaba la vara de la Alcaldía, por obra y gracia del patillado cacique, de abultado vientre y luciente calva. El

señor Casimiro había crecido a su sombra, arrebañando por aquí, barcanando por allá, mintiendo cuando le convenía para sus negocios, y arrastrándose siempre, como el caracol de la fábula hasta encaramarse en las alturas de un buen pasar, según la gráfica expresión de la gente de la villa. Era un hombre de provecho, una excelente hormiguilla para su casa, como de su marido decía la gitana del cuento.

Grave, pausado, circunspecto el señor Casimiro, a vista de pájaro podía pasar por un hombre honrado, por un ciudadano pacífico y hasta por un Alcalde gubernamental. Con su cara de luna llena y sus ojos de lechuza parecía un melón con dos agujeros; pero en cambio, sus palabras, ¡ah sus palabras! acarameladas, fundidas en un perol de almíbar. ¡Qué lagarto, qué pájaro de cuenta el señor Casimiro! Sin saber por qué, nos hicimos medio amigos, y echábamos largos párrafos.

—Padre, me dijo un día,—permítame usted que le dé la más cordial enhorabuena por sus magníficos sermones.

Gracias, señor Alcalde. Se hace lo que se puede.

—Nada, nada: que predica usted muy bien, sólo que lo hace demasiado claro, y eso acaso, acaso le perjudique un tanto.

—No sé en qué pueda a mí perjudicarme; yo, como dijo el lego del cuento, ya tengo la carrera hecha; en todo caso, perjudicaré a ustedes los ricos, por decirles las verdades y gracias que no van del todo desnudas.

—Vamos, Padre, que usted no se muere la lengua. Aquí, en visita, en conversación particular, es usted una mosquita muerta, una madreseiva, un moro de paz, vamos al decir, y luego en el púlpito nos mete a todos en el infierno.

—Sobre todo, a los ricos.

—Efectivamente. ¿Y por que es eso, Padre?

—Por dos razones. La primera porque los ricos tienen la entrada muy dura; y la segunda, porque muchos se han hecho ricos de cualquier manera y en poco tiempo.

—Querrá usted decir a costa del sudor del pobre.

—Ni más ni menos y valiéndose de toda clase de medios, por malos y reprobados que sean.

—Eso no será alusión.

—¡Pchs! ¿qué quiere usted que le diga?

—Padre, esas son palabras mayores,